

INTRODUCCIÓN

En cierta ocasión alguien me preguntó cuál era el principal objetivo de mi investigación: conocer la lengua o conocer al ser humano. Recuerdo que, tras una breve reflexión, afirmé sin titubeo: «Conocer al ser humano». He de confesar que la pregunta no ha dejado de asaltarme a lo largo de mi vida universitaria. Y no es que dude de la adecuación de la respuesta: mi interés como científico está en conocer la realidad lo mejor posible y, si la lengua es un atributo humano, considero una obligación interesarme por el ser humano como entramado de tan singular atribución; de otro modo, el entendimiento de la realidad lingüística estaría condenado a la parcialidad. Pero la recurrencia de la cuestión tal vez obedezca al hecho de haber recibido una formación de lingüista en la que la «autonomía» de la disciplina se presentaba como uno de los grandes logros para el moderno conocimiento de la lengua. Tras un siglo largo de historia de la lingüística, parece que el «éxito» de la autonomía y de la inmanencia no merecería una celebración tan prolongada, entre otras razones porque la lingüística solo puede ser explicativa si entra en diálogo con otras disciplinas.

Estas páginas se redactan con el convencimiento de que el estudio de la lengua ha de abordarse desde una perspectiva multidimensional e integradora. Ello no supone ocultar la existencia de un centro de interés preferente: la lengua en relación con el entorno social y cultural. Podría decirse que, al orientar el foco hacia lo social, estamos incumpliendo de partida nuestro compromiso de integración y multidimensionalidad. Con todo, si consideramos que la lengua solamente puede ser lengua –por su composición, procesos y funciones– a través de sus dimensiones social y cultural, si aceptamos sin reticencias que lo lingüístico es necesariamente social y que la lingüística, como forma de entender y explicar la lengua, no puede ser de otra forma que «socio-lingüística», aún estaremos en condiciones de abogar realmente por una concepción multidimensional. Porque la componente social de la lengua no es incompatible con la neurolingüística, la psicológica o la histórica ni, por supuesto, con la propiamente lingüística. Así pues, el análisis al que aspiramos no es formalista ni funcionalista, sino relacional, desde el momento en que la lengua, cada uno de sus componentes y su dinámica se explican en relación con su entorno natural, cultural, social y situacional.

El objetivo de una «sociolingüística cognitiva» es entender y explicar la lengua desde una posición cognitivista, lo que significa atender a lo lingüístico y lo social como realidades analizadas desde la cognición humana. Y precisamente porque lo social es inalienable de lo lingüístico, se nos ha planteado una seria duda al decidir el título de esta obra. Y es que habría un título alternativo, que caería por su propio peso: *Lingüística sociocognitiva*. Al fin y al cabo, buscamos el estudio de la lengua, por lo que nada de extraño tendría que fuera el sustantivo «lingüística» el núcleo del sintagma; por su parte, el adyacente denotaría la preponderancia concedida a lo cognitivo, siempre en relación con las dimensiones sociales de la lengua misma. Si finalmente hemos optado por el título *Sociolingüística cognitiva*, ha sido para resaltar nuestra interpretación de la lengua en relación con su entorno social, ya que no todo el mundo comparte que la teoría y la práctica lingüísticas son eminentemente sociales. En mi opinión, este libro es más «lingüística» —como búsqueda de un conocimiento general sobre el lenguaje humano— que «sociolingüística» —como búsqueda de un conocimiento circunscrito al uso social de la lengua—, aunque a estas alturas ya no parece necesario seguir discutiendo sobre qué es o qué no es lingüística, como en 1972 señaló William Labov.

Redes, cerebro e informática

Las Humanidades y las Ciencias Sociales han experimentado en las últimas décadas movimientos que han repercutido sobre sus muy variados ámbitos de estudio. Entre esos movimientos nos atrevemos a destacar cuatro, que sin duda han ejercido gran influencia sobre el análisis de la lengua en su realidad social. Uno de ellos es el desarrollo de la neurociencia, que ha llevado a un relanzamiento de los estudios sobre el cerebro humano y a un conocimiento de su morfología, sus procesos y funciones como nunca antes se había alcanzado. El procesamiento del lenguaje, los mecanismos del aprendizaje (Gallistel 1990) o la forma en que se almacena y recupera la información en la memoria son asuntos prioritarios en la investigación actual, con implicaciones en los más variados aspectos de la conducta humana. Del cerebro se saben muchas cosas, como que su peso medio es aproximadamente de 1,4 kg, que contiene cien mil millones de neuronas o que en su interior se establecen unos mil billones de conexiones entre células. También sabemos que ciertas funciones humanas, como «aprender palabras», «hacer cálculos» o «experimentar euforia» no pueden ser realizadas por células nerviosas individuales, sino que son responsabilidad de áreas del tejido cerebral que contienen millones de neuronas. Esas áreas cerebrales pueden, asimismo, coordinar

su actividad y pasar a realizar tareas más complejas derivadas de la cooperación interindividual, lo que permite hablar de la existencia de un «cerebro social», configurado por una red de áreas cerebrales implicadas en la comprensión intersubjetiva y en la comunicación social (Dunbar 1988; Blakemore y Frith 2005: 336). El cerebro cuenta, pues, con una dimensión social, que no es incompatible con su materia biológica.

En estrecha relación con los avances de la neurociencia ha estado la consolidación y difusión de la psicología cognitiva como disciplina de referencia (De Vega 1984). La psicología cognitiva está cumpliendo una función crucial en el contacto entre las ciencias del cerebro y la educación. Esta última está relacionada directamente con los procesos de aprendizaje, entre los que goza de un lugar de privilegio el desarrollo de la lengua, así como su uso en la comunicación social. Es bien sabido que la psicología de Vygotsky (1986) ya hablaba de la importancia de las interacciones sociales para el aprendizaje, así como para las relaciones entre lenguaje y pensamiento, pero el psicólogo ruso no dispuso de los conocimientos sobre el cerebro que ahora nos regala la neurociencia; actualmente, la ciencia cognitiva cuenta con una base neuronal –por lo tanto, material– para abordar el estudio de los procesos conscientes, de los pensamientos, las emociones, los conflictos y las interacciones sociales, entre las que se encuentran las comunicativas. Desde la psicología cognitiva ha ido propagándose una forma de interpretar las realidades humanas que ha recibido el nombre genérico de «cognitivism» y que ha alcanzado a los estudios del lenguaje, primero en sus ámbitos semántico y gramatical (Rosch y Lloyd 1978; Langacker 1987; Lakoff 1987), después en casi en todas sus ramificaciones (Cuenca y Hilferty 1999; Levinson 2003). El cognitivismo, más allá de sus propuestas conceptuales concretas, ha generalizado una manera de entender las realidades físicas y sociales, una perspectiva que entronca con el principio de incertidumbre de la física cuántica y con los juicios de numerosos pensadores que venían advirtiendo de las limitaciones del racionalismo, de la importancia de las percepciones o de la subjetividad en la medición de las realidades. Ortega y Gasset afirmaba en su *Ideas y creencias* (1940) que un plano topográfico no es ni más ni menos fantástico que el paisaje de un pintor y que el mundo de la física no solo es incompleto, sino que está abarrotado de problemas no resueltos, que obligan a no confundirlo con la realidad misma. Algo similar ocurre con la lingüística y la lengua.

Un tercer ámbito de investigación se ha venido desarrollando en las últimas décadas, con la colaboración de diversas disciplinas –sociología, psicología, matemáticas, física– y mediante la propuesta de conceptos con gran capacidad

explicativa. Se trata de los estudios de «redes complejas», preocupados por realidades emergentes que no pueden explicarse a partir de las propiedades de sus componentes, pero que encuentran pautas de invariancia y mecanismos internos para el intercambio de información: el superorganismo formado por las colonias de termitas, la propagación de enfermedades en las concentraciones urbanas o el entramado de conexiones neuronales muestran cómo son y cómo funcionan esas redes complejas. En el campo de la comunicación, las relaciones semánticas o conceptuales dentro de la lengua o las grandes redes sociales creadas en Internet también funcionan como redes complejas (Solé 2009).

Por último, la informática ha venido a ponernos en la mano, no el acceso directo al conocimiento, pero sí el control de los flujos de información. Los procesos cognitivos y las redes complejas funcionan manejando una cantidad de datos inabarcable sin el uso de herramientas informáticas. El estudio de la lengua se ha beneficiado de ello de un modo muy claro, por la dimensión cuantitativa del propio lenguaje, pero también porque se ha hecho visible una información que antes solo se intuía y que permanecía oculta en los galimatías de las masas de datos. Pero ¿cómo entronca con todo esto la realidad social de la lengua?

El devenir de la sociolingüística

La sociolingüística ha experimentado una evolución durante los últimos cuarenta años que, lejos de especializar su objeto de estudio, lo ha llevado a una notable diversificación. Siguiendo un proceso de inclusión progresiva, las formas de abordar la investigación sociolingüística han ido enriqueciéndose de modo sucesivo y permitiendo la convivencia de estudios realizados conformemente a técnicas habituales en los años setenta, con planteamientos más característicos de los años noventa o de la primera década del siglo XXI. La amplitud de miras derivada de una materia que define su objeto de estudio como la lengua en su contexto social o, más latamente, como la relación entre lengua y sociedad abocó desde un primer momento al tratamiento de asuntos muy variados: desde la elección de lenguas en las comunidades bilingües, hasta el encadenamiento de turnos de palabra en contextos profesionales, pasando por la historia social de las lenguas. Todo ello ha recibido indistintamente el calificativo de «sociolingüístico» (Mesthrie 2001).

Ahora bien, incluso centrándonos en una manera de hacer sociolingüística mucho más específica, como la sociolingüística variacionista, preocupada por la incidencia de los hechos sociales sobre la variación y el cambio lingüísticos, y caracterizada

por el empleo de técnicas cuantitativas, encontramos una suma progresiva de formas diferentes de entender un mismo objeto de estudio, de interpretar la realidad socio-comunicativa o de practicar la disciplina (Lieb 1993). Pongamos tres ejemplos:

1973. Henrietta Cedergren analiza diversos fenómenos fonéticos del español de Panamá y lo hace de acuerdo con las pautas marcadas por Labov en sus investigaciones de los años sesenta: partiendo de un modelo sociológico funcionalista, elaborando reglas sociolingüísticas variables y manejando una estadística de probabilidades.

1977. Lesley Milroy concluye su investigación sobre tres barrios de Belfast, en la que analiza diversos fenómenos fónicos partiendo de un modelo de redes sociales, correlacionando características de las redes con variantes lingüísticas y manejando una estadística de inferencias.

1993. Richard Cameron publica un estudio sobre el uso del *tú* impersonal en el español de San Juan de Puerto Rico y de Madrid, y lo hace trabajando sobre sendos conjuntos de informantes representativos de sus respectivas comunidades, imbricando factores gramaticales, semánticos y pragmáticos, y combinando diversas técnicas estadísticas, entre las que destaca el análisis probabilístico de regresión múltiple.

Como puede observarse, entre estas tres simples muestras no existe coincidencia ni de modelo sociológico de base (1. Funcionalismo. 2. Marxismo. 3. Sin modelo sociológico definido), ni de modelo lingüístico (1. Construcción de reglas variables. 2. Descripción sociolingüística. 3. Gramática pragmática contrastiva) ni de técnicas cuantitativas aplicadas, si bien es cierto que el desarrollo de la informática ha permitido la generalización de pruebas cada vez más complejas. Vemos, pues, que el paradigma sociolingüístico variacionista encierra una relativa heterogeneidad. Además, la derivación hacia ámbitos de interés diferentes de los que preocupaban en sociolingüística durante los años setenta, como la variación en el nivel sintáctico y discursivo, la riqueza estilística o el manejo de factores pragmáticos, ha llevado a hablar de una sociolingüística post-laboviana, incluso con Labov en vida y activo.

Las debilidades del variacionismo

Para los que hemos trabajado desde el paradigma sociolingüístico variacionista, resulta difícil desdeñar lo mucho que ha contribuido William Labov a la lingüística –no solamente a la sociolingüística– y lo decisivo que ha sido su aporte

para el moderno desarrollo de lo que se conoce como lingüística del habla. De hecho, aunque es bien conocida la disparidad de criterios y fundamentos entre la sociolingüística urbana de Labov y la lingüística teórica de Chomsky (Moreno Fernández 1988), llama la atención que a muchos afectos a esta última –en los Estados Unidos, en España– les resulte tan extraordinariamente fácil negar a los estudios labovianos la etiqueta de «lingüísticos», basándose, cuando lo hacen, en el sólido argumento de que la sociolingüística no procede de acuerdo a los cánones de la hipótesis-deducción; como si la lingüística que supuestamente así lo hace fuera ajena al manejo cotidiano de la inducción. Y resulta mucho más llamativo cuando los lingüistas más teorizantes están viniendo a admitir la potencia e inevitabilidad de los recursos aportados por la lingüística de corpus.

Aceptando la trascendencia del pensamiento y la obra de Labov, lo cierto es que la evolución de la sociolingüística –de *su* sociolingüística–, al tiempo que ha diversificado sus centros de interés, ha experimentado con los años una revisión crítica interna que ha puesto en evidencia sus limitaciones de fondo y de forma. Muestra de ello pueden ser los libros de Norbert Dittmar (1973, 1989) y las obras colectivas de Rajendra Singh (1996) o de Carmen Fought (2004). Es importante conocer, no obstante, que buena parte de la crítica al variacionismo ha surgido con un positivo espíritu constructivo, como lo demuestra la implicación del propio Labov en esas revisiones críticas, evidenciando un deseo de permanente actualización de las técnicas de análisis, así como de participación en las disputas dialécticas más relevantes.

Las críticas a la sociolingüística de Labov podrían agruparse del siguiente modo, que, por supuesto, no es el único válido (Villena Ponsoda 2008b). En primer lugar, estarían las que proceden de teorías que conciben la lengua de una manera diferente; el caso más claro es el generativismo, que opera desde bases psicológicas y que se despreocupa de fenómenos supuestamente superficiales, como la variación lingüística, y de sus relaciones con parámetros sociales y contextuales (Moreno Fernández 1988). En segundo lugar, estarían las críticas de aquellos que, interesados por la dimensión social de las lenguas, entienden la realidad social y, específicamente, la realidad sociolingüística de un modo distinto al laboviano (Williams 1992); aquí pueden incluirse desde los planteamientos criollistas (Bickerton 1981; Bailey 1973), hasta las propuestas fundamentadas en modelos sociales marxianos (Dittmar 1973; Bourdieu 1985; Milroy 1987a) o los trabajos preocupados por la lengua como componente de la identidad social (Gumperz; Le Page y Tabouret-Keller 1985). En tercer lugar, estarían las críticas centradas en aspectos metodológicos y técnicos, si bien es frecuente que la discrepancia metodológica

encierre también disparidad de criterios teóricos; estas críticas se pueden referir, por ejemplo, al excesivo peso que ha tenido la investigación fonológica frente a la sintáctica (Macaulay 1988), a la escasa valoración que se da en los análisis a la figura del hablante como individuo (Horvath 1985; Dorian 2010), a la forma en que se realizan las entrevistas sociolingüísticas (Fought 2004) o a la idoneidad de determinadas pruebas estadísticas, entre otros aspectos.

En este surtido de críticas al labovianismo, no han faltado las relacionadas con la dimensión cognitiva del fenómeno de la variación sociolingüística, aun cuando no se hayan hecho desde posiciones cognitivistas propiamente dichas. Y a menudo esas críticas han girado en torno al concepto de «competencia», al modo de entender su naturaleza y su constitución. Una de las polémicas más antiguas, en este sentido, tiene que ver con la ubicación de la variación lingüística respecto del nivel abstracto de la lengua: ¿la variación forma parte de la configuración interna de la competencia lingüística o más bien existen competencias diferentes –gramáticas diferentes– entre las que optan los hablantes en circunstancias sociales y contextuales específicas? Es la vieja disputa entre sociolingüistas y criollistas, entre la defensa de las gramáticas monolectales y de las polilectales, disputa que ha resultado en buena medida ficticia, por no existir incompatibilidad absoluta entre ambas interpretaciones, ni divergencias metodológicas irreconciliables. En el fondo, se trata también de trabajar desde modelos teóricos en los que la variación disponga de un espacio adecuado y donde los datos variables y cuantificados tengan sentido dentro de una estructura funcional, haciendo compatible lo sustancial y lo accesorio en la comunicación lingüística (Schlieben Lange y Weydt 1981; Villena Ponsoda 1984). Tendremos oportunidad de volver a ello más adelante.

Otro asunto discutido es el lugar que ocuparía la cuantificación dentro de la competencia sociolingüística, en caso de ocupar alguno (Moreno Fernández 2009a: 135-137). Si las reglas variables, como reglas de la competencia, incluyen probabilidades de aplicación según determinadas constricciones, ¿quiere eso decir que el hablante «sabe», de algún modo, cuánto puede usar una variante en las condiciones apropiadas? ¿Cómo puede explicarse ese conocimiento cuantitativo? López García (1996) comenta a este respecto que es altamente improbable que la conciencia de los hablantes incorpore listados de frecuencias o histogramas. Sin embargo, no es imposible pensar en la existencia de un cierto sentido de la cuantificación por parte del hablante. Dennis Preston ha propuesto un modelo de competencia variable constituido por representaciones psicolingüísticas con gramáticas múltiples adyacentes. Este modelo es

capaz de conjugar elementos psicológicos y socioculturales variables (por tanto, cuantificables) en la configuración de la variación (Preston 1993). También este asunto ocupará nuestra atención.

Visto el desarrollo de la investigación sociolingüística en su conjunto, con el avance de sus aportaciones más novedosas y la denuncia de sus aspectos menos convincentes, puede hablarse de la existencia de una serie de conceptos, criterios y elementos metodológicos que, si bien han resultado útiles en determinados momentos, siempre han planteado problemas de naturaleza teórica o práctica. Pensamos en conceptos como los de «comunidad de habla» (Romaine 1982), «clase social» o «competencia sociolingüística»; pensamos en el tratamiento dado a la variación de unidades portadoras de significado lingüístico, en la determinación del número de variables pertinentes para la explicación de los hechos sociolingüísticos o en la manera de percibir e identificar las variantes de las variables lingüísticas. Buena parte de estos aspectos se reducen a cuestiones mucho más simples o generales, como la tipificación y caracterización de categorías sociales y lingüísticas, o el tratamiento de realidades continuas mediante clases discretas. Al mismo tiempo, muchos de estos puntos tienen que ver con el modo en que se perciben los hechos sociolingüísticos y el espacio en que los hablantes «almacenan» su conocimiento. Por eso consideramos posible y deseable plantear muchos de esos asuntos desde una perspectiva cognitivista. El panorama previo de heterogeneidad, al que se ha hecho referencia, y algunas cuestiones de complicado tratamiento teórico habían ido dejando espacio en la sociolingüística variacionista para la inclusión —esporádica, irregular y, si se quiere, hasta errática— de elementos de naturaleza cognitiva. Entre ellos sobresalían, por su frecuencia y por su peso en la interpretación de determinados fenómenos, los conceptos de «actitud lingüística» y de «monitor». Asimismo se han llegado a manejar recursos cognitivos para el desarrollo metodológico de otros conceptos, como el de «mercado lingüístico». Sin embargo, creemos que ya se dan las condiciones adecuadas para sentar las bases de una sociolingüística cognitiva más sólida y con mayor poder explicativo.

Los fines de una sociolingüística cognitiva

La relación de argumentos presentada da a entender que es posible confeccionar un «programa cognitivo» para la sociolingüística, en una doble dirección: por un lado, planteando el tipo de preguntas de investigación a las que una sociolingüística cognitiva podría atender debidamente; por otro lado, constatando que

los fundamentos de la lingüística cognitiva operan también en el campo de la sociolingüística, para dar cuenta de aspectos en los que la aplicación de otras formulaciones teóricas se ha revelado como parcial o insuficiente.

En cuanto a las preguntas de investigación que servirían de faro a una sociolingüística cognitiva, podrían enunciarse las siguientes, a modo de catálogo inconcluso: qué sabe el hablante acerca de su lengua; qué sabe acerca de la interacción comunicativa; qué sabe el hablante acerca de la variación sociolingüística; dónde reside y cómo se configura ese conocimiento; cómo influye la realidad social sobre el origen y el procesamiento del lenguaje; cómo afecta el uso lingüístico a la configuración, evolución y variación de la lengua; qué sabe el hablante acerca de su contexto socio-comunicativo; cómo percibe el hablante la realidad sociolingüística; cuáles son las actitudes y creencias de los hablantes en torno a la variación lingüística; cómo detecta y responde el hablante a los patrones lingüísticos de su comunidad; cómo influye la percepción sociolingüística en la conducta comunicativa de los hablantes, en todos los niveles; cómo la lengua contribuye a la construcción de la identidad (Guibernau y Rex 1997; Martín y Mendieta 2003). Es cierto que muchas de las cuestiones de este programa socio-cognitivo llevan tiempo obteniendo respuestas, pero no la mayoría y no siempre de un modo convincente.

Los antecedentes expuestos —y otras propuestas que se irán comentando— constituyen un buen caldo de cultivo para aunar criterios y vertebrar argumentos en torno a una sociolingüística cognitiva. Afortunadamente, la historia más reciente de la lingüística ya no considera sospechosos los planteamientos que no defienden la absoluta autonomía de la lingüística o que no ciñen su objeto de interés a una materia puramente lingüística. La lingüística ha negado cobertura teórica a las manifestaciones del lenguaje por el simple hecho de ser eso, manifestaciones, hechos que necesariamente aparecen o se producen en un medio esencialmente no lingüístico. Si la lingüística se define como la ciencia que estudia la lengua, debe reconocerse que la lingüística teórica ha demostrado poco aprecio por la realidad más palmaria: el uso de la lengua en sociedad.

Llamaríamos «sociolingüística cognitiva» a aquella que, siguiendo las pautas generales de la lingüística cognitiva, se preocupa especialmente por el estudio de los recursos cognoscitivos implicados en el procesamiento y el uso lingüístico contextualizado. Esta sociolingüística cognitiva dedica una especial atención al conocimiento y la percepción que los hablantes tienen de la lengua en su uso social, incorporando información relativa a los entornos comunicativos, a los

procesos de interacción, a la variación y al cambio lingüísticos, y al modo en que son percibidos. Una sociolingüística cognitiva se preocupa de los entornos en que se producen las manifestaciones lingüísticas, de la manera en que influyen sobre ellas y de la percepción subjetiva que los propios hablantes tienen de esos entornos y de las lenguas que conocen y que usan. Graciela Reyes (2002) ha hablado, desde la pragmática, de reflexividad sobre lo que se quiere decir y sobre los procesos de selección lingüística. El acontecer del uso lingüístico ha de localizarse en un ambiente (contexto) que puede ser natural o social, como reflejo de la dualidad humana, la realidad del *homo loquens* (Lorenzo y Longa 2003): el ambiente natural o físico encierra las condiciones externas que actúan sobre la lengua (factores favorecedores y constricciones negativas); el ambiente social actúa como medio ideológico conocido por el hablante y forma parte de la dinámica del sistema. A su vez, la conciencia social se manifiesta en dos niveles: el de los atributos de los hablantes, como actores individuales, incluida su capacidad de conocer y de conocerse (cognoscibilidad humana) (Giddens 1982), y el de las representaciones colectivas (Durkheim 1893), entendidas como relaciones supraindividuales que conectan ideas o creencias.

En el ámbito de las creencias se pone de manifiesto, de nuevo, la relevancia de lo cognitivo para la sociolingüística. Las creencias del hablante, como las percepciones, inciden sobre su conducta lingüística. Si los etnógrafos afirman que un actor de teatro no es un imbécil desprovisto de juicio, la sociolingüística cognitiva afirmaría que el hablante no es un «locutor imbécil desprovisto de juicio lingüístico», con toda la crítica que ello encierra hacia el generativismo o, más ampliamente, hacia el inmanentismo. El hablante dispone de creencias –sobvenidas o creadas por él mismo– que afectan también a la capacidad de auto-considerarse como objeto. Esta es la base del conocido concepto de «*self*», de George Herbert Mead (1934), porque el *self* presupone un proceso social –la comunicación– y surge con el desarrollo de la actitud y de las relaciones sociales. La comunicación y la lengua –su principal instrumento– son esencia, sustento y producto de las relaciones interindividuales. Las características de cada lengua y las diferencias interlingüísticas son consecuencia del contexto y de la interacción social. Los sistemas lingüísticos experimentan tendencias internas que la interacción permite, frena o moldea. Es cierto que existen universales –principios y parámetros–, pero solamente prosperan y se manifiestan los que la interacción consiente.

Por otro lado, una sociolingüística cognitiva ha de explicar cómo se originan los procesos de categorización de los objetos lingüísticos y sociales. Según Schütz (1974; 1999), el uso mismo de la lengua supone una tipificación que los

hablantes construyen al manejarla en su comunidad. En cualquier situación de la vida cotidiana, una acción viene determinada por tipos o categorías constituidos en experiencias anteriores, ya que las personas tipifican rutinariamente y se autotipifican también desde un punto de vista lingüístico. Por eso, para el antropólogo Evans-Pritchard (1961), las sociedades siempre disponen de elementos de regularidad que ayudan a las tipificaciones y categorizaciones. Todo ello tiene puntos de contacto con, pero se sitúa muy lejos de, la base sociológica que ha venido inspirando a la sociolingüística variacionista de origen estadounidense.

El desarrollo de una sociolingüística cognitiva exige la aplicación de conceptos como los de «prototipo», «categoría cognitiva», «centralidad», «ejemplar» o «construcción», entre otros (Langacker 1987; Lakoff 1987; Cuenca y Hilferty 1999). A partir de esta base conceptual, sería posible afrontar los conceptos teóricos de «comunidad de habla», «clase» y «agrupación social» o «variable» y «variante sociolingüística», entre otros, de un modo diferente al de la sociolingüística más convencional. La sociolingüística cognitiva se presenta como una metateoría que aglutina las propuestas de diversas teorías sociolingüísticas desde un enfoque dinámico del uso de la lengua. De este modo, la sociolingüística cognitiva supera la parcelación epistemológica de la disciplina, que buscaba una adaptación a cada objeto de estudio, para proponer un denominador común a todos los análisis sociolingüísticos. Coulmas (2005) intentó hacerlo utilizando como eje vertebrador el concepto de «elección lingüística», pero una teoría basada en el modelo de la elección racional no es suficiente para el estudio de la lengua y la comunicación. Es imprescindible combinar ese criterio con los de categorización, percepción, acomodación y uso, aportando una sustancia subjetiva imprescindible para la comprensión de la conducta lingüística. Además, el carácter integrador que se intenta imprimir a la sociolingüística cognitiva obliga a aceptar, de un modo conveniente, toda una diversidad de objetos de interés, que van desde la construcción lingüística, el discurso político, la visión del mundo o la variación sociolingüística, a la percepción de las variedades. Ese es nuestro reto.

¿Es posible una sociolingüística cognitiva?

En 1970, el criollista David DeCamp se preguntaba: «Is a Sociolinguistic Theory Possible?». Varias décadas después replanteamos la cuestión y respondemos que naturalmente que es posible una sociolingüística cognitiva. Se trata de una sociolingüística que exige tanto investigación básica como aplicada por parte de los lingüistas y que, en todo caso, ha de mostrarse «aplicable» para un mejor conoci-

miento de la lengua y la sociedad. Esta sociolingüística no encuentra dificultades insalvables para aceptar entre sus intereses prioritarios la mejor comprensión de la vida social y, en definitiva, del ser humano, incluidos sus instrumentos de comunicación. Para adentrarnos en esta sociolingüística cognitiva –o lingüística sociocognitiva, si se quiere–, hemos optado por la vía de la propuesta razonada. Proponemos una forma de entender la lengua en su contexto social, explicándola desde su percepción subjetiva e interpretando la comunicación desde su uso. Y lo hacemos presentando argumentos referidos a los ámbitos más importantes en los que se manifiestan las dimensiones sociales de la lengua, desde la concepción misma del instrumento y la interacción lingüísticos hasta la aplicación de una metodología adecuada para su estudio. Entre los antecedentes más lejanos de este enfoque lingüístico, merecen ponderarse las renovadoras ideas de Mijail Bajtín, firmadas por él o por Voloshinov (1929), en las que no solamente se criticaban las aporías creadas por la pugna entre el objetivismo estructuralista de Saussure y el subjetivismo idealista de Vossler, sino que se acentuaba la importancia de las relaciones entre contexto, interacción y discurso (Morris 1994), como hace la lingüística sociocognitiva.

Esta *Sociolingüística cognitiva* se articula en series de proposiciones, acompañadas de unos escolios o comentarios, que las desarrollan, matizan y ejemplifican. Todas ellas en conjunto ofrecen algo más que una suma de proposiciones generales, pues aspiran a configurar un sistema teórico que pueda someterse a verificación empírica en cada una de sus facetas. Tras las proposiciones y correspondientes escolios resaltaremos aspectos que hayan sido –sigan siendo o puedan ser– materia de debate dentro de nuestro campo de estudio. Los debates son una forma de sistematizar los objetivos de las distintas corrientes teóricas que se ocupan de la lengua en su contexto social y han de servir para destacar cuáles son los asuntos de mayor interés o complejidad, para marcar las posiciones más encontradas y para presentar el punto de vista de la sociolingüística cognitiva a propósito de cada aspecto, bien por ofrecer alternativas al debate, bien por alinearse con algunas de las posiciones teóricas enfrentadas. Esta forma de presentar argumentos y opciones teóricas tiene como ventaja su adecuación para el tratamiento de temas complejos, siempre que no se caiga en el maniqueísmo.

La organización interna de este libro ofrece un recorrido por derroteros que afectan a la investigación de la lengua desde un planteamiento cultural, social y situacional. Se parte de una presentación de las lenguas como producto o recurso de una dinámica social y compleja, y se establecen los fundamentos teóricos que permiten una interpretación cognitiva de la comunicación y de la variación

lingüística. A continuación, se analizan, desde un modelo sociocognitivo, las realidades sociales en que se insertan los usos lingüísticos, así como la forma en que se interrelacionan la visión del mundo y la sociedad con el discurso, para dar paso a un análisis cognitivo de los planos semántico, gramatical y fónico. Como toda epistemología exige, se presentan las principales consecuencias metodológicas derivadas de la aplicación de una sociolingüística cognitiva, prestando especial atención a la entrevista y a su dinámica interna. Finalmente, se analizan los procesos de percepción de las variedades lingüísticas y de las situaciones de lenguas en contacto, con un mayor detenimiento en los contextos de uso de las lenguas española e inglesa.

Al conceder clara prioridad a lo cognitivo, podría percibirse que esta obra continúa la línea abierta por autores como Dirk Geeraerts o Gitte Kristiansen (Geeraerts 2005; Kristiansen 2001; 2004; 2008; Kristiansen y Dirven 2008; Geeraerts, Kristiansen y Peirsman 2010) y hasta cierto punto es así, puesto que se intenta incidir en una visión de la lengua que coincide en gran parte con lo formulado por estos autores. Pero se hará, no desde la exploración de las posibilidades que ofrecen ámbitos sociolingüísticos específicos o analizando niveles o aspectos concretos, sino desde una aplicación integral y panorámica del cognitivismo sobre la lengua y su uso social, buscando sus fundamentos en todos los planos y niveles. Para ello ha sido necesario adoptar, junto a las propuestas cognitivistas, otros planteamientos teóricos, como el modelo de la lengua como sistema adaptativo complejo, la lingüística basada en el uso, la teoría de la elección o la teoría de la acomodación comunicativa, además del variacionismo. Esta es la razón de que la sociolingüística cognitiva se presente como un modelo metateórico.

El índice de esta obra tal vez recuerde el de cualquier manual de sociolingüística, pero nuestra intención primordial ha sido la de visitar o reanalizar, de un modo integral, cada aspecto de la vida social de las lenguas desde posiciones cognitivistas y desde una interpretación de las lenguas como sistemas adaptativos y complejos. Ofrecemos, pues, un panorama cognitivista de la sociolingüística, aunque no renunciamos a que alguien pueda entenderlo como un cuadro sociocognitivista de la lingüística o, tal vez, simplemente como una «lingüística relacional». No descartamos la posibilidad de que nuestra propuesta metateórica pueda interpretarse como una maniobra de *aggiornamento* de la sociolingüística tradicional para adaptarla a un marco cognitivista –y no deja de ser verdad en cierta medida–, pero entendemos que los argumentos cognitivistas han formado parte de la sociolingüística desde los años setenta y que han ido aflorando poco a poco (Labov 1972; Sankoff

1978; Sankoff y Laberge 1978; Romaine 1982; Lavandera 1984), hasta constituir un modelo latente que solo en los últimos años ha podido eclosionar.

Por último, la versión final de estas páginas se ha beneficiado de un modo directo de los comentarios que leal y generosamente me han anotado cuatro especialistas por quienes siento tanto respeto profesional como afecto personal: Rocío Caravedo, Humberto López Morales, Pedro Martín Butragueño y Juan Villena Ponsoda. Ellos han hecho que mi trabajo sea más valioso, aunque no haya podido esconder mis limitaciones, que quedan ahora sometidas al juicio de los lectores. Como apuntaba Paul Valéry en sus cuadernos, el hombre ha de ser padre e hijo de sus ideas.